

La venganza de los Yatupè

Era una tenebrosa noche sin estrellas visibles en el firmamento. La atmósfera enrarecida con una humedad pesada e incómoda y un calor casi asfixiante, hacían presentir que una enorme e implacable tormenta amenazantemente se aproximaba.

Ariel Nerón llegó en su viejo y desgastado auto hasta el umbral de la casa. Actuaba con gran cautela, pero al mismo tiempo con la mayor ligereza que le era posible en esos decisivos momentos. Ya solo por instinto era capaz de percibir la cercanía de sus crueles e impiadosos perseguidores, que estaban al acecho como fieros depredadores ante una indefensa presa. Sabía que no debía desperdiciar cada eterno segundo de los que disponía. Y también era consciente de que aquellos seres estaban dispuestos a todo con tal de librarse de su presencia, que les resultaba en exceso fastidiosa.

En forma muy apresurada, descendió del vehículo. Se tocó la camisa, la tenía empapada. Todo su cuerpo se estremecía de miedo, sentía que se encontraba en un callejón sin salida. La desesperación era su único impulso. Ya no podía hacer nada por su salvación; pero tampoco estaba dispuesto a entregarse sin luchar.

Introdujo la mano en su bolsillo para extraer las llaves de la puerta. No las encontró. Pensó que quizá las había dejado dentro del auto. Entonces retornó hacia él con el único propósito de hallarlas...

Todo había comenzado algunos meses atrás. Ariel Nerón era un prestigioso, multimillonario y extremadamente soberbio empresario. Era dueño y administrador de

una enorme cadena de tiendas de joyas y objetos antiguos, con sucursales en numerosos países. Lo tenía casi todo: innumerables mansiones, casas de veraneo, cuentas bancarias, una colección de autos clásicos, y hasta una isla privada en el mar Caribe. Pero, nada era capaz de saciar el apetito de su desmesurada ambición; y el dinero lo obsesionaba tanto que ya se había convertido en objeto de su pasión, la única pasión de su insatisfecha y vacía existencia.

Desdeña hacía un tiempo algo que podría convertirse en un muy lucrativo proyecto, estaba focalizando toda su atención. Una imperdible oportunidad, que según su lo que le indicaba su infalible olfato para los negocios, le haría ganar tanto dinero que ni aunque estuviese toda una vida, alcanzaría a contarlo por si mismo. Así que se arriesgó a jugar todas las cartas en el asunto. Y en total ignorancia de sus competidores, envió a un pequeño grupo de expertos arqueólogos a investigar el grado de realidad de un mito que se venía divulgando como reguero de pólvora entre los cazafortunas: los tesoros de las antiguas poblaciones indígenas de las tribus Yatupè.

Aquella mañana parecía el comienzo de otro día que no tendría nada de especial. Nerón trabajaba sin tregua en su oficina, como de costumbre. De pronto, sonó el teléfono. Su expresión de júbilo y satisfacción luego de colgar, era un sólido indicio de que muy buenas noticias habían arribado.

Efectivamente era así. En una especie de gruta, cerca del río, habían descubierto el yacimiento de todas esas invalorable joyas. Su intuición no lo había traicionado. Era en un sitio alejado y desolado, sin un ser humano en kilómetros a la redonda. Se había esparcido el rumor de que la gente que otrora vivía allí; había huído espantada por las almas en pena de los salvajes y desasosegados indios.

Nerón se convenció a si mismo de que no iba a caer en las absurdas supersticiones de pueblerinos ignorantes; y presuroso partió a contemplar todas aquellas inefables maravillas con sus propios ojos.

Cuando llegó a bordo de su auto recolección modelo de la década del cincuenta, la presencia del sangriento crepúsculo ya podía palpitar. Realmente en aquel sitio se tenía la plena sensación de que la humanidad ya había conocido su extinción.

Sus colaboradores no cumplieron con la presencia de aguardar su venida. No había vestigio alguno de ellos por ninguna parte; era como si en el aire se hubiesen esfumado. Él tampoco malgastaría su valioso tiempo buscando su paradero; otras eran las razones que hasta allí lo habían arrastrado.

Recorrió aquel extraño paisaje tan velozmente como el motor de su viejo, pero muy lujoso auto, se lo permitió. Muy a la distancia, sus pupilas divisaron la silueta de algo que mucho se parecía a una casa. A medida que se acercó, aquella casi absurda sospecha fue confirmada. En mitad de un vacío prácticamente desértico e inhabitable, había una pequeña cabaña, que para su gran sorpresa, tenía las llaves de la cerradura en la puerta. Nerón se acercó con parsimonia y golpeó impetuosamente la puerta. Nadie le contestó. Se armó de coraje y decidió ingresar a la vivienda. Ante su mirada atónita y perpleja, se encontraba todo el mobiliario y hasta la comida servida en la mesa; pero ni rastro de seres humanos. Al levantar la vista hacia la ventana; recordó a lo que había ido; y ya no desperdiciaría ni un instante más. Iría antes de que las tinieblas de la noche se lo impidieran, ya no lograba controlar su ansiedad.

El calor se hacía cada vez más y más sofocante; y el aire ya como el plomo pesaba. Subió nuevamente al auto, y le fue muy difícil dar crédito a sus ojos, cuando en lejanía, pudo contemplar a la gruta tan anhelada. Mas a esa altura, la atmósfera era infernal y sintió que ya no podía continuar. Decidió salir a tomar aire y comenzó a

caminar por la playa desierta. El poder desplazarse por la arena libre y serenamente, ciertamente contenía su cuota de atractivos. Experimentó un gran deleite al oír el apagado rumor de las olas y el chillido de algunas gaviotas que por allí revoloteaban. Esos sonidos eran como una dulce melodía acariciando sus tímpanos. Dirigió la mirada al río, y pudo contemplar el atractivo panorama del hermoso y deslumbrante disco cobrizo del Sol siendo engullido por el horizonte. De pronto, se apoderó de él la irresistible tentación de darse un chapuzón en el agua. No sabía nadar, pero eso no le importó en lo más mínimo. Se zambulló con displicente alegría en aquel bálsamo refrescante. Perdió hasta la noción del tiempo; se quedó inmóvil flotando en medio del río.

En un momento indeterminado, empezó a escuchar unas extrañas y escalofriantes voces. Hablaban en un dialecto indescifrable y con un tono espeluznante. El terror lo paralizó, él no quería morir. Después todo empeoró. Seducía la cuenta de que esas voces provenían del fondo del agua. Eran los gritos de los indígenas del pasado, los primitivos dueños de las joyas de las que él se iba a apoderar; aquellos salvajes que las espadas y la ambición de los colonizadores europeos habían logrado exterminar. Esas torturadas almas hasta su profundo infierno lo querían arrastrar.

Nerón lanzó una súplica al cielo, implorando a Dios por su salvación.

Como si esperaran sus palabras, zigzagueantes y sangrientos hilos luminosos comenzaron a proyectarse sobre el río. Eran como espigas explosivas pobladas de luz, que descubrían fronteras de densas nubes. En el aire, los truenos redoblaban un ruido continuo. Lo que aún quedaba del Sol fue cubierto por aquellos cenicientos nubarrones que se aproximaban desafiantes.

Su única esperanza era intentar una huida. Y a pesar que el pánico ya casi todos los músculos de su cuerpo había paralizado, y luego de realizar un inhumano esfuerzo;

pudo salir del agua. Mas aún no estaba a salvo, aquellas voces que penetraban en sus oídos como dardos envenenados, no cesaban de perseguirlo. Corrió. Corrió, y corrió. Al fin llegó hasta la puerta del auto. Entró y desde allí prosiguió con su fuga desesperada.

... Dio unos cuantos pasos y vio que las llaves de la cabaña estaban encima de uno de los asientos delanteros del coche. Mientras tanto, las voces y gritos por nada se aplacaban; sino que eran cada vez máximas fuertes. También escuchó unas risas infantiles entre todo aquel bullicio.

Casi inconscientemente dirigió la vista hacia la zona del río. Cerca del horizonte había unas muy extrañas y diminutas siluetas. Comenzó a llover. El agua caía copiosamente y logró espantar a aquellas siluetas; que no eran más que niños que jugaban en la otra orilla.

Misteriosamente, las voces extrañas también desaparecieron.

Nerón quedó absorto frente a toda la situación. Y luego de unos segundos, o quizá minutos, se dio cuenta de lo que realmente había ocurrido. Todo no había sido más que una ridícula invención de su pensamiento. Voces, espíritus, indios, solo existían en su imaginación. Se había dejado sugestionar por las fantasiosas leyendas que habían llegado hasta sus oídos. Aquella gigantesca amenaza, no era otra cosa que los juegos de unos inocentes niños que estaban del otro lado del río.

Se río de su ingenuidad. Pero, por ese día ya había tenido suficiente emoción. Así que lo mejor que podría hacer, sería ir a descansar en la cabaña. Antes de dormir, y como forma de celebrar su pérdida y salvación tan peculiares, decidió saborear un

largo y costoso habano. Encendió el cigarro, pero no alcanzó a terminar de fumarlo.

Murió a los pocos minutos. Tenía lo pulmones llenos de agua.

AGNI